

misma intrepidez que sobre la brecha de Bizancio, pero este valor solo sirvió para dar lustre á su nombre. El cuarto dia despues de la reunion del ejército otomano al pié de la muralla del istmo, Amurat mandó encender muchas hogueras al frente de su campo para alumbrar el asalto general. Al grito de *Allah*, al toque de las trompetas, al redoble de los tambores tártaros, el ejército se lanzó bajo la lluvia de dardos, de balas y de fuego grequisco de los griegos. El foso se quedó lleno de cadáveres de genízaros. El mismo veterano que habia cortado la cabeza al rey Ladislao en Varna subió el primero á lo alto de la muralla, y plantó en ella el estandarte de la media luna; era el servio Khizr.

El dique se tomó y doscientos mil turcos inundaron la Morea. Hasta Corinto, ciudad sagrada por su antigüedad, por sus dioses, por sus artes, por la hermosura de sus mujeres, por sus fuertes, por sus cipreses y aun por sus ruinas, de las que siempre la volvia á sacar su situacion incomparable, y cayó de nuevo envuelta en sus llamas á manos de Thurakhan, aquel antiguo y ambicioso visir de Amurat II. De Atenas, de Egina, de Lepanto, de Citheron y del Pindo, se pudo ver como ardia. Los habitantes, en número de sesenta mil, fueron llevados como los de Patras, para sufrir la esclavitud en Asia.

Constantino, despues de sus generosos, pero sangrientos esfuerzos, para conservar el Peloponeso libre á su familia, se sometió al tributo y se lizo vasallo de Amurat. Bajo esta condicion, los turcos evacuaron la Morea, sin atentar al culto ó á las propiedades de los habitantes, y se fueron en masa á la Albania, una de sus provincias que un grande hombre acababa de hacer libre: este grande hombre era Scander-Beg, el *Huniade* de los albaneses.

XI

La Albania, en la acepcion mas extensa de este nombre, es esa larga y alta cordillera de montañas entrecortadas de valles profundos y de sitios fértiles, que se ramifica desde las cúspides del Epiro y las nieves eternas del Pindo, hasta el fondo del golfo de Venecia, donde se enlaza, casi perpendicularmente, con los Alpes de la Germania. Uno de los lados de esa colina tiene en frente la Turquía de Europa, las llanuras de Andrinópolis, los valles de la Bulgaria, los bosques vírgenes de la Servia, las llanuras de la Hungria y de la Transilvania, y el otro mas escardado

y mas calcinado por el sol, tiene delante el Adriático, las islas Jónicas, y las costas lejanas de la Italia. Toda esa costa, desde el golfo de Lepanto donde acaba la Grecia propiamente dicha, se halla llena de ensenadas, radas y barrancos mas ó ménos profundos donde entran las aguas del mar por entre las desigualdades de las rocas; en el fondo de esas ensenadas se ven en varios puntos á la orilla de las olas algunos llanos pequeños y abrigados, tibios y fértiles como unos jardines expuestos á los rayos del sol. Por el mar presentan ciudades, ciudadelas, puertos, velas teñidas de ocre como las que usaban los antiguos navegantes griegos, con huertas al rededor de sus murallas almenadas y torres ruinosas sobre sus escollos, y luego esas llanuras se pierden estrechándose y elevándose en las gargantas abiertas por los torrentes que forman las nieves deshelas ó los lagos del interior de las montañas.

El lazo estrecho que parece unir todas las ramas divergentes de esa cordillera de los Alpes á un tronco comun, es el Epiro, ó la baja Albania y la Macedonia, ese reino de Filipo y de Alejandro que se diria inclinado sobre la Grecia para dominarla, y sobre la Turquía de Europa para servir y para amenazar alternativamente á sus poseedores.

La Bosnia, la Dalmacia, la Croacia, y aun las cús-

pides de la Bulgaria y de la Servia, son otros tantos escalones de la Albania superior. Las nieves, los pastos, los bosques, los lagos, los torrentes y los precipicios inaccesibles, las hondonadas encajonadas entre las raices de las montañas; las llanuras fertilizadas por la corriente de las aguas y por el derrumbamiento de las tierras, los lugares suspendidos de las rocas, las ciudades interiores ó marítimas, las ciudadelas, los puertos, las islas, todo les fué igualmente distribuido, y es como un solo pueblo con nombres diferentes. Su origen es tan tenebroso como sus montañas; su lengua segun su raiz, deriva insensiblemente en sus dialectos desde el griego vulgar del Atico, hasta el turco de la Tracia, y desde el italiano corrompido de las islas, hasta el aleman salvaje de la Croacia. Su religion alterada tambien por el contacto, por la invasion y colonizacion de sus llanuras, flota del mahometismo al cristianismo, y del cisma griego al catolicismo romano, segun las razas con quienes comercian ó pelean alternativamente. Con una facilidad sorprendente cambian de cultos, ó los mezclan en una promiscuidad bárbara en que se juntan los ritos del uno con las supersticiones del otro. Esta confusion de dogmas les hace aptos para servir indiferentemente á los cristianos contra los musulmanes, ó á los musulmanes contra los cristianos, segun les

dicta su genio aventurero y su intrepidez fabulosa. La única cosa inmutable entre los albaneses es la pasión de la independencia y de la gloria; la pasión de la gloria es lo más dominante en su carácter, la fuente de su heroísmo; en todos tiempos su territorio ha producido héroes. Su heroísmo se extravía con frecuencia y toma el pillage por la ambición: se concibe que Homero encontrase Aquiles, la Grecia Alejandro, y los turcos Scander-Beg, hombre de la misma raza, de la misma sangre y del mismo genio.

XII

Se ignora de qué raza humana son oriundos los albaneses; la historia les encuentra ya bajo el nombre de ilirios en sus fortalezas natales antes de los griegos, los húngaros, los germanos, los venecianos y los turcos. Algunos historiadores creen reconocer en sus tradiciones y en su lengua una colonia itálica de pastores de Alba, emigrados con sus rebaños de Lacio y transportados sin saber como á la Iliria de donde les separaba el Adriático. Otros pretenden que su nombre proviene de la blancura de las nieves que coronan

una parte del año los montes de su patria. Está fuera de duda que construyeron una ciudad de Alba, antes de los tiempos griegos, en los confines de la montaña que les separa de la Servia; y es más verosímil que su nombre les viene de la palabra *Alb*, mezclada con la palabra *Alp* que en casi todas las lenguas primitivas, significa alturas y pastos, nombre que de los lugares se extendió á los hombres.

Su hermosura, muy varonil en los hombres, majestuosa y viril hasta en las mujeres, es muy celebrada en Oriente; son los circasianos y las circasianas del Adriático.

El Cáucaso en Asia, y la Albania en Europa, parecen corresponderse entre sí geográfica y moralmente desde el fondo de los dos grandes golfos del Mediterráneo que confunden sus aguas por la corriente del Bósforo á Constantinopla. Los albaneses son los circasianos de Europa, y los circasianos son los albaneses de Asia. Diríase que esos dos grupos de montañas han dado á luz los mismos hombres, las mismas mujeres y las mismas costumbres. De esas dos fuentes descienden desde hace cinco siglos, como las nieves de sus cúspides, por la mezcla frecuente de las tres sangres, la hermosura y la intrepidez que dan nuevo temple y vigor á la raza otomana. Les gustan mucho las armas, los combates, las aventu-

ras, las correrías por tierra y por mar, los actos peligrosos de devastacion, los campos de batalla sin acepcion de causas, y los alistamientos militares en los campos de los sultanes de Egipto, de Siria y de Constantinopla. La disciplina rigurosa de los ejércitos europeos no se ha hecho para ellos, y prefieren el brillo de las hazañas individuales, la licencia de los campos otomanos, el combate cuerpo á cuerpo sobre los caballos impetuosos de la Arabia ó de la Transilvania; prefieren la civilizacion que permite á los esclavos el ascender, por antojo del amo, de la servidumbre á la categoría de visir ó de bajá, y la religion que da harenes y esclavos á los héroes.

Su espíritu es poético como sus costumbres; sus cantos populares, sobre todo aquellos que se refieren á su época heróica, en tiempo de su compatriota Scander-Beg, recuerdan los cantos homéricos, mas bien que los cantos afeminados de la Grecia moderna. Como Aquiles, mezclan la poesía, la música y el baile con la guerra. En los ócios de su vida alternativamente agitada ó soñolienta, se les ve tendidos al sol sobre la playa ó sobre la azotea de sus casas, cantando al sonido de una lira rústica sus propias hazañas, ó bailando como mujeres al compás unas veces belicoso y otras afeminado de sus instrumentos.

Sus poemas históricos recuerdan el poema de Ili-

genia por Agamenon. La fundacion de Scutari, una de sus principales ciudades da márgen á suponer que sus antepasados entregaban víctimas vivas á la tierra, para que la tierra satisfecha tolerase que se cimentaran sus poblaciones. « Los tres hermanos albaneses que construyeron la ciudadela de Scutari, dicen los historiadores, sus poetas, emparedaron á una jóven madre de un niño casi acabado de nacer, en los subterráneos de la fortaleza. La jóven madre, condenada de aquel modo á una muerte lenta, en la noche de aquel calabozo, pidió por toda gracia que dejaran en la pared un agujero por donde pudiese dar á su hijo la última gota de su seno junta con su vida. La concedieron este favor, y murió dando de mamar al fruto de sus entrañas. La tierra conmovida por la ternura de aquella madre, sobreviviendo aun á la esperanza y á la vida, se abrió ella sola donde habia corrido la leche de los pechos de la madre, y dió salida al eterno manantial de las aguas de Scutari. »

El gobierno de los albaneses era feudal como los gobiernos del Oriente formados por la naturaleza sobre el tipo de la familia patriarcal, gobierno tan favorable á la libertad como á la servidumbre, donde el padre es jefe, la familia tribu, los criados esclavos, y donde el poder designado, digámoslo así, di-

vinamente, por el nacimiento y la primogenitura, es sagrado é incontestable como la paternidad, y donde la confederacion movible y pasajera de las tribus entre sí forma el estado, unas veces estrechamente unidas para la guerra nacional contra otras razas, otras divididas en grupos independientes para la libertad comun. Cada ciudad, cada provincia, cada aldea, reconocian un príncipe, un señor, un beg, que gobernaba despóticamente segun la tradicion y las costumbres, pero esta sujecion de las ciudades, de las provincias y de las aldeas á sus señores ó á sus príncipes feudales, no perjudicaba en lo mas mínimo al sentimiento de la libertad general y á la pasion del patriotismo, máxima de los albaneses.

XIII

Hemos visto ya que en tiempo de los primeros sultanes de Andrinópolis, toda la Albania se habia vuelto otomana, unas veces por las incursiones en el Epiro, otras por la sumision en feudos voluntarios como la de *Janina*, otras en fin por la conquista á mano armada, como la de Troia despues de la pose-

sion de Tesalónica. El islamismo y el cristianismo se confundian sin lucha por la soberanía mutua de ambas religiones, en el seno de un pueblo en que ambos cultos reinaban por lo comun en las mismas familias. La conformidad de las costumbres guerreras y pastoriles, habia unido con facilidad entrambas razas. Las mercancías eran libres; solo el orgullo nacional estaba ajado entre los albaneses con la dominacion y el tributo impuestos por los gobiernos turcos.

Ese era el estado de la baja Albania ó del Epiro cuando Amurat II despues del sitio de Corinto y de la sumision de la Morea, envolvió, digámoslo así, con las orillas conquistadas del Adriático aquella comarca que envolvia al Norte por Andrinópolis y por el valle del Hebro ó del Maritza. La política conquistadora de los tres últimos sultanes tendia evidentemente á ocupar todos esos altos lugares, ciudadelas naturales de la Germania, que se extienden desde la cúspide del Pindo hasta el fondo del golfo Adriático en Venecia, á bajar los Alpes stirios en Alemania, y á estrechar de esa manera, por el mar Negro de un lado, y por el Mediterráneo del otro, toda aquella Germania que habian entrevisto desde las orillas del Danubio. Los pueblos pastoriles han mostrado siempre la ambicion de poseer las vastas llanuras bien

cubiertas de yerba y bien regadas. Las razas, lo mismo que los rios, corren de los costados de las montañas y solo se detienen en las anchas hondonadas de la tierra.

XIV

Principiaba á conmovirse el Epiro con un presentimiento instintivo de esa servidumbre completa de la Albania, y con el sentimiento de una nacionalidad que iba á quedar sumergida en otra, cuando la victoria de Varna alcanzada por Amurat II, hizo callar por un instante aquel primer murmullo de independencia entre los albaneses, bajo la impresion de un triunfo que aseguraba á los turcos una larga paz con una superioridad irresistible.

Pero á fines del año 1448, Huniade que no se habia despopularizado en Hungría con la derrota y la muerte de Ladislao, fué nombrado regente del reino durante la minoría de un niño, y llamando de nuevo á las armas á toda la Hungría militar, para vengar la muerte de su rey y de su nobleza, pasó el Danubio por el puente de Trajano. El ejército húngaro al atravesar la Servia, incendió con su caballería aquella

misma llanura de Kossowa (la llanura de los Mirlos) donde Amurat I fué muerto en su tienda por *Milosch* y donde *Bajazet-Ilderim* mandó pasar á cuchillo á diez mil prisioneros servios, húngaros y alemanes. Amurat corrió con sesenta mil hombres de los veteranos de Varna, y ántes del combate ofreció la paz á Huniade, pero este furioso con su derrota se mostró intratable. En vano una anciana de Kossowa á quien consultó, le predijo su descalabro:

« Porque los turcos, exclamó la anciana, no habian podido pasar el rio que corta la llanura de los Mirlos sino en tres dias, y que un dia solo habia bastado á los húngaros para pasar de una orilla á otra. »

La batalla encarnizada y llena de episodios, duró sin interrupcion tres dias y una noche, y la victoria andaba indecisa cuando los válacos arrastrados á pesar suyo en aquella cruzada, é indignados con la mala fé de Huniade que prodigaba la sangre de ellos para satisfacer su ambicion de gloria, se pasaron en masa á los turcos. Huniade huyó por segunda vez dejando sobre el campo de batalla veinte mil húngaros y polacos, la flor de la caballería alemana. El agua del rio se tiñó de sangre con los veinte mil cadáveres de hombres y de caballos que se arrojaron en su cauce.

En el momento en que Huniade, desposeido de su gloria por dos reveses sucesivos, huía con un puñado de hombres á caballo por los bosques de la Servia hácia Belgrado, el héroe de los albaneses, Scander-Beg, se aparecía sobre la cúspide de las montañas que dan sombra á la llanura de Kossowa, á la cabeza de una nube de montañeses, que llevaban en socorro de Huniade; pero Huniade habia tenido el orgullo de no esperar el socorro de Scander-Beg despues de haberlo solicitado.

El jefe albanés, al ver desde lo alto la llanura cubierta de cuerpos de los húngaros, y el rio que arrastraba en sus ondas cadáveres de caballos y de hombres, maldijo la orgullosa temeridad de Huniade, y se volvió á sus bosques para espiar otra ocasion de caer sobre los otomanos. Era demasiado tarde; Huniade abandonado hasta de sus criados, erraba solo con su espada por los bosques de la Bulgaria. Allí, atacado por dos ladrones, se despojó de su cadena de oro, y miéntras ellos se la disputaban, recobró su sable que le habian quitado, mató á uno de los ladrones, puso en fuga al otro y siguió su camino hácia la Hungría.

Digamos quien era aquel otro Huniade, mas bárbaro, pero mas grande que el héroe húngaro, y que sin otro apoyo que el suyo propio, y sin otros aliados

que sus montañeses patriotas, neutralizó durante dos reinados y un cuarto de siglo la fortuna de los otomanos; este grande hombre era Scander-Beg.

XV

En la época en que Amurat II habia conquistado el Epiro por sus capitanes destacados del ejército de Salónica, un jefe hereditario de los albaneses príncipe ó beg de *Moghlera* (antiguo principado de Emacia), llamado Juan Castriot, habia conservado su principado con la condicion de pagar el tributo á los otomanos, y de enviar á cuatro de sus hijos jóvenes á la córte de Amurat, para que los educaran allí fieles al sultan y en la religion del profeta. Amurat, que apreciaba en mucho la aptitud y el valor de la sangre albanesa, deseaba naturalizar á aquellos niños de las familias nobles soberanas de la Albania en su córte, en sus escuelas y en sus ejércitos. Su presencia en Brusa ó en Andrinópolis le era garante de la sumision de sus padres. Su inteligencia y su heroismo natural le preparaban buenos generales para sus campañas, y les hacia aprender todos los estudios

liberales y todos los ejercicios militares propios para que en su edad madura fueran la fuerza y la ilustración de su imperio.

La esposa del príncipe de Emacia, madre de nueve hijos, pero que no tenía más que aquellos cuatro, lloró amargamente su suerte al entregarlos á los oficiales de Amurat. Era una de esas mujeres superiores que dan un alma viril con su sangre á sus hijos, y de quienes nacen ordinariamente los hombres de genio ó los héroes. El padre les dió solícito buenos criados para enseñarles su lengua paterna, y para que les hablaran de su raza y de su patria en medio de los extranjeros.

Amurat II, tan pacífico en el interior de su serrallo como era intrépido en sus campos, recibió á los cuatro niños como padre, no como vencedor, y los confió á los maestros de sus propios hijos. Los tres más jóvenes salidos de su país en una edad muy tierna, murieron en los primeros años de su destierro. Jorge, el mayor, que fué después el príncipe Alejandro ó *Scander-Beg*, sobrevivió únicamente á sus hermanos. La naturaleza le había dado al mismo tiempo, el cuerpo y el alma de un héroe; tenía la hermosura de su madre, célebre en Albania, y la estructura robusta y esbelta á la vez, propia de su raza, con esa aptitud rápida, fácil y universal del genio griego

que parece abrir la inteligencia á la luz interior, con la misma espontaneidad irreflexiva que se abre la mirada exterior al brillante resplandor del cielo jónico. Pero bajo esa belleza un poco afeminada de los jóvenes griegos se traslucía, según dicen hasta sus panegiristas bizantinos, en sus facciones y en sus ojos, lo mismo que en su carácter, cierta inconstancia salvaje que recordaba al bárbaro tan capaz de heroísmo como de ferocidad y de perfidia.

« El joven Scander-Beg, dicen aquellos historia-
« dores, era alto y flexible, de fino talle, ancho de
« hombros y de pecho abultado, ligero de piernas,
« altanero, acompasado y teatral en su andar; su
« cuello era ancho y largo, su cabeza pequeña, su
« frente elevada y su rostro ovalado. Sus ojos oscu-
« ros tenían como venas de fuego; los rasgos de su
« fisonomía eran frescos y graciosos como los de una
« mujer; sus cabellos eran negros y rizados natural-
« mente sobre el cuello; su cutis blanco, y sonrosado
« con la sangre pura de sus montañas natales; su mi-
« rada suave y atrevida sin impudencia, pero un poco
« falsa; el timbre de su voz llegaba á larga distancia
« como el de los pastores de su país, que se respon-
« den de un valle á otro sobre el mugido de sus
« aguas. Hablaba el albanés, el griego, el turco, el
« árabe y el italiano indiferentemente; componía

« versos y cantaba acompañándose con la lira de los
« epirotas en todas esas lenguas.

« Manejaba el caballo, el sable, el djerid y el arco
« de los turcomanos con un vigor y una gracia, que
« le habian hecho terrible y célebre antes de la edad
« de la fuerza entre los pages de Amurat. La vanidad
« marcial de sus compatriotas se traslucía en todas
« las ocasiones en que era preciso sobrepujar á los
« demás guerreros de esa corte. Amurat le trataba
« como á un favorito, casi como á un hijo, y aun su-
« ponian que gastaba con aquel albanés mas afabili-
« dad de la que se acostumbra tratándose hombre á
« hombre. Esas amistades depravadas, comunes en la
« antigüedad á los griegos y á los tártaros, que Es-
« parta quiso convertir en una virtud en sus institu-
« ciones anti-naturales, acriminaban muchas veces
« entónces, en Albania como en Turquía, el favori-
« tismo de las cortes y de los campos.»

Pero esos rumores vagos y sin autenticidad de las crónicas griegas de Bizancio, parecen indignos de la virtud de Amurat y contradictorios con su pasión á *Mara* á *Elena* y á la princesa de *Sinope* que reinaron alternativamente sobre su corazón.

XVI

Amurat II resolvió adoptar al joven príncipe albanés en su casa, él mismo le enseñó los ejercicios, las máximas de la guerra, la religion de los turcos, le mandó circuncidar, y le ascendió rápidamente de grado en grado hasta confiarle el mando de cinco mil hombres de caballería. Además, para sostener su rango, le dió un *sandjak* ó principado hereditario en Asia, en el valle del Tmolus y el título de beg ó de príncipe. Desde aquel dia Jorge Castriot se hizo conocido entre los otomanos bajo el nombre de *Scander-Beg*, ó del príncipe Alejandro. El recuerdo de su primer culto parecia tan extinguido ó repudiado en su alma, que ningun guerrero otomano le igualó en hazañas contra los húngaros, los servios y los cristianos, en las guerras de Transilvania, de Servia, en la batalla de Varna y de Kossowa, y así el sultan, despues de esta última batalla, le dió el mando de los cuarenta mil otomanos asiáticos encargados de someter ó de castigar á la Albania.

« Se señaló, dicen las crónicas de aquel tiempo,

« por un afecto sin límites á Amurat, su amo, esperando merecer con eso de los turcos el título del principado de Albania, despues de la muerte de su padre, Juan Castriot. »

Los cronistas cristianos de aquella guerra, obligados á confesar las ferocidades del renegado favorito de Amurat contra sus hermanos, elogian á Scander-Beg por sus escesos contra ellos mismos, parcialidad voluble de todos los tiempos que transforma en virtudes los crímenes, cuando estos crímenes redundan en beneficio de la causa que se quiere celebrar.

« Obraba así, dicen los cronistas, *con un artificio consumado, á fin de inspirar una confianza mas absoluta á los turcos, para engañarlos despues mejor en provecho de los cristianos.* »

Sin embargo, como Juan Castriot murió sin otro heredero varon que su hijo Jorge, que ya era Scander-Beg, Amurat II que queria sacar de su país á los príncipes de Albania para que su poderío, derivado del suyo propio, no echase raices demasiado hondas en el suelo natal, negó á Scander-Beg la herencia paterna y envió otros gobernadores á la Albania por consejo de su visir Khalil. Scander-Beg defraudado en su larga esperanza, sintió la impresion del ultraje y lo disimuló.

Habia perdido [su juventud, su sangre, sus hazañas, su religion al servicio de los otomanos, para merecer de ellos el imperio de sus antepasados, y en el momento en que la recompensa estaba en la mano de Amurat, el sultan le degradaba en sus esperanzas, imponia á su patria el yugo de la servidumbre y daba otros amos á sus compatriotas. El resentimiento y la venganza fueron ya las únicas pasiones de su vida. Los beneficios que habia recibido del sultan le parecieron otras tantas ingratitudes, y se juró á sí mismo y juró á su sobrino Hamza, hijo de su hermana, que habia llamado y educado junto á sí, que él costaría á los otomanos tanta sangre como victorias les habia ganado.

Por medio de los allegados de su familia se creó partidarios y cómplices en Albania, difundió en su país las quejas, los murmullos, las desesperaciones del patriotismo engañado, y esparció por sus hermanas y por sus sobrinos la llama poco amortiguada de la antigua independendencia. Fingió aborrecer el culto violento que abrazara, y el fanatismo secreto de un cristiano arrepentido de la apostasia que quiere rescatar á sus compatriotas por las armas, y á su Dios por el martirio. Hábilmente fomentado este principio de insurreccion, mientras su nombre volaba como una esperanza por los montes, espíó la

ocasion, combinó una astucia, y aguardó el momento que no tardó mucho en ofrecerse.

Era por aquel tiempo en que Huniade despues de haber logrado anudar por tercera vez la liga de los principes cristianos del Danubio, entraba en la Servia por Belgrado, y esperaba con un ejército ya victorioso al sultan Amurat II en la llanura de los *Mirlos* en Kosowa.

La fortuna de los turcos no parecia muy segura, y una traicion imprevista concertada con Huniade podia destruirla en Europa para siempre. Se habia pasado el Danubio, la Servia estaba libertada, el Balkan amenazado; Amurat sorprendido en su confianza no habia podido reunir de prisa mas que cincuenta mil hombres para cubrir el imperio, contra los cien mil confederados del héroe húngaro.

Amurat estaba acampado detrás del Morawa, sin saber si debia atravesarle, ó si debia esperar en su campo fortificado el asalto de los cien mil húngaros. Scander-Beg que se hallaba con sus seis mil spahis asiáticos no lejos de las tiendas de Amurat, al lado de las tiendas de sus visires, creyó que habia llegado el momento decisivo, y en la noche del 10 de noviembre de 1443, cuando reinaban las mas negras tinieblas, seguido únicamente de su sobrino *Hamza* y de cinco mil albaneses de su casa, que lo habrian hecho

todo por su gefe, toma sus armas, monta á caballo y se va en silencio á la tienda del *reis effendi*, el primer visir de Amurat que seguia al ejército con el sello del imperio para hacer válidos los mandatos del sultan.

Los *chiaux* que estaban acampados sin sospechas bajo sus tiendas al rededor de la tienda del visir, no se sorprenden con aquella correría del príncipe en las tinieblas, se imaginan que Scander-Beg quiere comunicar al ministro un informe ó una orden cualquiera del sultan, y abren paso á los ginetes albaneses. Scander-Beg y su sobrino Hamza penetran solos en la tienda.

« El sultan, dice Scander-Beg al visir, os manda
« que firmeis y selleis al instante esta orden al go-
« bernador de Croya, capital y ciudadela del Epiro,
« para que me entregue la ciudad y la fortaleza, cuyo
« gobierno acaba de conferirme, como que soy el
« gefe mas capaz de defenderlas contra sus enemi-
« gos. Aquí está estendida la orden; ponedla el sello
« del imperio. »

XVII

A la vista de aquella aparicion nocturna, de aquella orden que no se habia preparado en las formas ordinarias, ni discutido en el divan segun el uso, al nombre de Scander-Beg que desde hacia algun tiempo no se hallaba en las buenas gracias del sultan ni de sus ministros, el visir entra en sospechas, discute, vacila y por último se niega á firmar antes de haberlo consultado con su soberano; llama á sus guardias, y Scander-Beg, que conoce la inutilidad de su astucia, saca su puñal y le hunde en el corazon del visir cuya voz queda ahogada para siempre. Dos criados suyos que corrieron al ruido del altercado son inmolados tambien por Scander-Beg y su sobrino, temiendo que revelen el subterfugio antes de que se halle consumado. El sello del imperio, sacado bajo el almohadon del ministro, sella la mentida orden de Amurat II. Scander-Beg y Hamza vuelven á montar á caballo cubiertos de sangre, y subiendo al galope los senderos bien conocidos del Rhodopo, llegan antes que la noticia del crimen, siete dias despues de haber deser-

tado del campo otomano, bajo los muros de Croya en el corazon de la Albania.

Trescientos epirotas á caballo y armados, prevenidos de los designios de su jóven gefe, le habian esperado de distancia en distancia sobre el camino, y le habian formado el núcleo de un ejército á las orillas del *Drina*, estrecho rio de la Albania interior. Unos mil albaneses de las altas montañas del *Dibra*, que habia atravesado y sublevado cuando pasaba, se le unieron en las orillas escarpadas del *Drina*, para secundar su astucia ó su asalto contra la capital.

Scander-Beg que no queria recurrir á las armas sino á falta de astucia, ocultó sus trescientos ginetes y sus mil montañeses en los bosques que cubren las cuestas del llano de Croya, y se presentó solo con Hamza y sus criados á las puertas de la ciudad. Conducido al palacio del gobernador otomano en la fortaleza, presentó su orden para reemplazar al bajá en su mando. El bajá, sin la menor sospecha obedeció la orden y le entregó las llaves de la ciudad y de la fortaleza; entónces encerró en sus cuarteles á la guarnicion turca hábilmente desarmada, y durante la noche, llamó, por medio de una señal convenida, á sus albaneses apostados entre los árboles del *Drina*. Introducidos á favor de las tinieblas en la ciudad y en la fortaleza, los albaneses de Scander-Beg sorprenden

y degüellan durante su sueño á los seiscientos turcos que descansaban desarmados en la mayor confianza, y apénas, á costa de la apostasía, se salvan unos pocos que huyen despavoridos. Al rayar el alba la ciudadela de la Albania estaba ocupada únicamente por los cadáveres de los otomanos. Las ciudades, las aldeas de esa comarca, llamadas por el ejemplo de la capital y por la hazaña de Scander-Beg á las armas, tomaban las ciudadelas, degollaban á los turcos, y entre ellos y la servidumbre hacian correr torrentes de sangre.

Dueño de la capital de la Albania con ese doble degüello, Scander-Beg corre en persona nuevamente á las alturas mas belicosas de la Albania del norte, las subleva, las reune, las precipita en su seguimiento al socorro de los albaneses de la llanura que estaban amenazados, y entra en Croya con un ejército de veinte mil patriotas deseosos de combatir contra los opresores de su patria bajo el mando de un jefe tan intrépido.

Esta insurreccion general de toda la Albania, desde el Pindo hasta el *Cattaro*, era la única salud de aquel pueblo, pues en tanto que Scander-Beg le impelia al degüello de todos los turcos para secundar á Huniade, Amurat habia vencido á los húngaros en el campo de los *Mirlcs*. Huniade huia por segunda

vez para morir bien luego de desesperacion en su castillo real de Transilvania; el Morawa se llevaba los cadáveres de sesenta mil húngaros, y el sultan, libre ya en adelante de sus movimientos y de sus venganzas, se adelantaba con cien mil hombres hácia las gargantas del Epiro para castigar la perfidia de su favorito, para vengar el asesinato de su visir, y para conquistar el baluarte del imperio sobre el Adriático.

XVIII

Pero Scander-Beg aunque era un conspirador sanguinario, un tráfuga pérfido, un asesino nocturno, era tambien un héroe y un político. Vió la tormenta que habia acumulado sobre su patria, y exigió juramento á su pueblo de expiar su crimen llevándole hasta el último limite. Algunos miles de albaneses, los mas aguerridos, fueron colocados por sus órdenes, como en otro tiempo los griegos en las Termópilas, para cerrar al ejército otomano la garganta estrecha y profunda que sube de la Macedonia al Epiro. Convocó en Croya á sus cinco hermanas casa-

das con otros tantos gefes albaneses de las provincias limítrofes, y á sus maridos, á sus sobrinos, á sus parientes, á los amigos y allegados de su casa, así como á los gefes de ciudades, de aldeas y de tribus de las montañas, unidos todos por el espíritu de raza y por el grito de la sangre. Doce mil albaneses y albanesas de todas edades y condiciones corrieron con las armas en la mano, con la religion ó la libertad en los corazones, á aquel gran consejo de la nación en Croya.

El nombre de Scander-Beg, su juventud, su fisonomía, su elocuencia, su posición en la Albania, su elevación en los ejércitos turcos, que sin duda sabría vencer, así como los había sorprendido con su audacia, el prestigio de su rebelión, la sangre del visir degollado por su propia mano, los cadáveres de los diez mil otomanos arrojados en señal de desafío á los soldados de Amurat II, animaron á aquella asamblea popular con un heroísmo, que se extendió al otro día por medio de las mujeres, los viejos y los niños hasta las últimas rocas de la Albania. Por unanimidad, el promovedor de la insurrección fué proclamado su gefe. La Albania no reconoció ya otro príncipe de la nación que el que la prometía su nacionalidad y su religion; tesoros, armas, brazos, corazones, vida y muerte, todo fué suyo, y Scander-Beg se hizo en

un día, no solo el rey, sino hasta el nombre de los albaneses.

XIX

Todas las ciudadelas del Epiro capitularon ante su sobrino Hamza ó sus capitanes. Petrella, ciudad reputada inexpugnable, que se halla sobre una roca perpendicular á tres millas de Croya; Petralba, otro asilo de los otomanos en la misma comarca; Stelusía rodeada por un río, Scutari, Arta, Alessio, Durazzo y Petra, se rindieron á la noticia de aquel levantamiento general.

Todos los príncipes, todos los begs, todos los gefes de aquellas regiones humillados también con su dependencia, corrieron á Croya, proclamaron dictador de su confederación unánime á Scander-Beg, le ofrecieron voluntariamente los hombres y los tributos necesarios para la emancipación común de sus Alpes, y llevaron al tesoro de la liga una renta anual de trescientos mil ducados para comprar su libertad deseada.